

# Anécdotas cotidianas

*María Isabel Rodríguez Moreno*  
*Parroquia Santa Clara de Asís*

En mis acostumbradas anécdotas, siempre recorro al tema de los niños, será por aquello de lo expresado por el Apóstol de que: *Los niños son la esperanza del mundo*, el hecho es que hoy me referiré a ellos pero desde la óptica de la dulce espera de nueve lunas.

Hace un año, nuestra familia recibió a una linda bebita (digo linda y no porque sea mi hija) que con mucho amor esperamos pacientemente mi esposo y yo, al igual que los demás parientes. No puedo narrar cuanto se oró y trabajó para que María Clara naciera con salud y en parto natural; fueron muchas las personas a quienes debemos su apoyo y ayuda, pero sí quiero narrarles algunos detalles que nos impactaron y dejaron su huella durante el embarazo.

Fue a finales del mes de enero del 2004 y durante el Simposio Nacional de la familia que noté algo irregular en mí y muy contenta se lo conté a mi hermana Rosita (animadora del MFC en la Parroquia de Jesús del Monte); ella fue la primera en saber, que en un corto-largo plazo de nueve meses, y a los 41 años de edad, sería madre por segunda vez.

Después comenzó lo natural en estos casos; las consultas con el médico, los ultrasonidos, los análisis, los todas las demás pruebas hasta sentirme verdaderamente un ratón de laboratorio. Lo de menos fue la asistencia especializada, lo chocante eran las preguntas: ¿Por qué usted, a los 40 años, decidió tener otro hijo? ¿Usted conoce lo que implica todo esto?

Así sobre la cabecita no-nata de mi pequeña giraba todo el tiempo el fantasma del Síndrome de Down, toda clase de anomalías y fenómenos producto de una gestación fuera de tiempo y lugar, y digo lugar pues sabemos que en otros países esta edad es la escogida por muchas mujeres profesionales para ser madres por motivos muy personales, sociales y hasta económicos; sin embargo aquí en Cuba es casi un tabú por lo que pude experimentar.

Podrán imaginar lo que sentimos mi esposo y yo, lo mucho que lloré y recé para que, contra todo pronóstico fatídico, la niña y yo saliéramos bien.

Estaban aún frescas en nuestras mentes las palabras de nuestra hermana y amiga la doctora Conchita (Presidenta de Pro-Vida) cuando en sus magistrales conferencias en la casa laical nos dijera: “No hay nada más lindo que un niño Billings”, y nos recordara acertadamente que “En el deber de transmitir la vida humana y educarla, que han de considerarse como su misión propia, los cónyuges saben que son cooperadores del amor de Dios Creador y en cierta manera sus intérpretes...”, así que, con esta convicción, no entendíamos cómo nuestra decisión de ser padres nuevamente podía ser desacertada y fuera de lugar, hasta que llegó un buen doctor, quién con amor me atendió los últimos meses del embarazo y tuvo la dicha de recibir a nuestra pequeña; su ayuda inestimable y profesional, su entrega y disposición influyeron en que todo saliera bien “Como Dios manda y por ello desde aquí un saludo y un beso para el doctor Eldys y su esposa, por todo lo que hicieron por nosotros. ¡Que Dios los bendiga siempre!

Hermanos míos, la espera de un bebé y su llegada a nuestros hogares debe ser la espera de María por Jesús, espera alegre y confiada en que el Señor rico en misericordias nos dará su fuerza y apoyo espiritual para que todo culmine bien, cocreadores con Él, eso significa precisamente, somos fuente de vida en Él y para Él, y ésta vida, aunque esté maltrecha, es siempre vida y debemos respetarla y amarla desde su inicio en nuestro seno, sin temor al dolor y al sufrimiento de lo que vendrá después y del futuro incierto, asumir la carga preciosa de la vida humana es, aunque nos parezca locura, “una carga ligera”, que a su vez engendra en nosotros sentimientos y valores insospechados.

Queridas parejas, la fecundidad en el matrimonio nos mejora como personas, nos hace más capaces para afrontar los escollos de la vida social y favorece en un 100 por ciento el amor mutuo de los cónyuges; sino díganse a sí mismos cuán agradecidos se están uno al otro por todas las noches sin dormir que nuestros bebés nos han regalado en compañía, un niño es la justa expresión del amor que un hombre y una mujer se manifestaron y por ello merece todo nuestro respeto, amor, protección y admiración, y por supuesto es fuente de alegría para el hogar.

Hoy después de temores y lágrimas, reímos entusiastas ante María Clara, quien ya promete ser de “**anjá**” y más allá de todo miramos el futuro con confianza mientras arrullamos nuestros oídos con los **gugús**, y **abuabu** de la niña y vemos en su límpida mirada de ojitos negros la picardía de una respuesta a tonta angustia:

**“GÚSTELES O NO YO ESTOY AQUÍ, ¿QUE TE PARECE?”**